

EL ATARDECER DE LA VIDA

Autor: Anónimo

Allí estaba, sentado en una banqueta, con los pies descalzos sobre las baldosas rotas de la vereda; gorra marrón, manos arrugadas sosteniendo un viejo bastón de madera; pantalones que arremangados dejaban libres sus pantorrillas y una camisa blanca, gastada, con un chaleco de lana tejido a mano. El anciano miraba a la nada. Y el viejo lloró, y en su única lágrima expresó tanto que me fue muy difícil acercarme a preguntarle, o siquiera consolarlo.

Por el frente de su casa pasé mirándolo; al voltear su mirada la fijó en mí, le sonreí, lo saludé con un gesto aunque no crucé la calle; no me animé, no lo conocía y si bien entendí que en la mirada de aquella lágrima se mostraba una gran necesidad, seguí mi camino, sin convencerme de estar haciendo lo correcto.

En mi camino guardé la imagen, la de su mirada encontrándose con la mía. Traté de olvidarme. Caminé rápido como escapándome.

Compré un libro y ni bien llegué a mi casa comencé a leerlo esperando que el tiempo borrara esa presencia... pero esa lágrima no se borraba...

“Los viejos no lloran así por nada”, me dije.

Esa noche me costó trabajo dormir; la conciencia no entiende de horarios y decidí que, a la mañana siguiente, volvería a su casa y conversaría con él, tal como entendía que me lo había pedido. Luego de vencer mi pena, logré dormir.

Recuerdo haber preparado un poco de café, compré galletas y muy rápido fui a su casa convencido de tener mucho que conversar. Llamé a la puerta, cedieron las rechinantes bisagras y salió otro hombre.

-“¿Qué desea?”, preguntó, mirándome con un gesto adusto.

-“Busco al anciano que vive en esta casa”- contesté.

-“Mi padre murió ayer por la tarde”- dijo entre lágrimas.

-“¿Murió?”- dije decepcionado. Las piernas se me aflojaron, la mente se me nubló y los ojos se me humedecieron.

-“¿Usted quién es?”- volvió a preguntar.

-“En realidad, nadie”-contesté y agregué-“Ayer pasé por aquí y estaba su padre sentado; vi que lloraba y, a pesar de que lo saludé, no me detuve a preguntarle qué le sucedía. Pero hoy volví para hablar con él, pero ya veo que es tarde”.

-“No me lo va a creer, pero usted es la persona de quien él escribía en su diario”.

Extrañado por lo que me decía, lo miré pidiéndole más explicación.

-“Por favor, pase”- me dijo aún sin contestarme.

Luego de servirme un poco de café, me llevó hasta donde estaba el diario del anciano y en la última hoja rezaba: “Hoy me regalaron una sonrisa plena y un saludo amable... hoy es un día bello”.

Tuve que sentarme, me dolió el alma de sólo pensar lo importante que hubiera sido para ese hombre que yo cruzara aquella calle. Me levanté lentamente y al mirar al hombre le dije:

-“Si hubiera cruzado la vereda y hubiera conversado unos instantes con su padre...”-pero me interrumpió y con los ojos humedecidos de llanto dijo:

-“Si yo hubiera venido a visitarlo al menos una vez este último año, quizás su saludo y su sonrisa no hubieran significado tanto”.

“No vayas por donde el camino te lleve; ve por donde no hay camino y deja huella”.
Emerson